A los toros con Picasso
El pintor ilustró con ‘Tauromaquia’ un manual taurino del XVIII

Berta de Bernhard

La puesta en escena de Tala intenta convertir el relato, de su protagonista en una faena acción performánica que empieza y acaba con Barry White: una combinación, cuando menos, curiosa, pues el mejor soul-solo no parece pregonar la lucha para el hacha contra el mun- do artístico e intelectual que desveló Barnard a mi- diados de los ochenta con este texto. Y es que el autor británico, un gran revolucionario de la auto- comprensión en la que se ins- taló la intelectualidad eu- ropea tras la posguerra, no deja aquí tizón con cabeza.

Novela de apenas 200 pági- nas sin un solo punto de apar- te. Tala es el relato en pri- mera persona de una vida, una "cena artística" en casa de unos mecenas. Mientras todos estaban esperando la llegada del invitado especial de la cena, un conocido actor del Burghtheater de Viena que apa- recería en cuanto acababa la fun-ición, el narrador da cuenta del desprecio que siente por la sociedad cultural de la capita- nal austriaca despedaleando a las compañe- ras que lo rodean, y despalándose especial- mente a gusto con su teatro nacional.

Juan Navarro y Gonzalo Cúllar han llevado la novela al escenario y aunque no ha- gan falta ni pases, ni botellas —en todo caso el chilón como rímulo que propicia el recor- dario— para apreciar su rique- za y lo que sigue encan- jistrato —en el aire y en el ahora—, es la que resulta impres- cindible contar con un acto capaz de encarnar a ese nar- rador tan obsesivo y reitera- tivo como lúcido, de dar hor- ma a esas palabras que se si- guen torpillariamente, de dar esos hachazos tacúneos con la dosis ajustada de nerviosis- mo que no nos distancie- mos de él y si ganamos lo que nos cuentan con el interés que nos despertaba un si aca- so un poco loco. Gonzalo Ca- nili convicto: todo eso: se ha- ce ya el texto suyo sin esfuerzo aparente; se pasa y se arras- tra por entre las botellas mientras cae aniquilamen- tefue velada como si la recor- dara por primera vez, al mis- mo tiempo, la diciembremente. No me molesta la simbolología del espacio escénico ni desde luego Barry White, aunque se ve mucho sentido a las acciones que Cúllar lleva a cabo con los elementos que lo rodean; prefiero en cualquier caso su extraordinario trabajo con la materia prima de Tala, esa chorrera contra la im- posición de la elite artística e intelectual.

José Ángel Montañés

Según los que lo vieron, el sevillano José Delga- do. Pepe Ilio, destilaba sensualidad cada vez que trechaba en una plaz- a. En 1976, Delgado publicó, acaso porque las más de las que se estudiaron en el texto, que reflejaba su experiencia en la li- día de reyes bravos. En mayo de 1801, cuando entraba a matar a Ber- buru, el animal lo derritió y acabo con su tórax clavada el pitón de- rrecado. Su trágica muer- te, ocurrida en la plaza de Madrid y que fue pre- sentada por miles de personas en unas de las que se encontraba la reina María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV, quedó inmortalizada en uno de los grabados tauri- nios de Francisco de Goya.

Fibbo Picasso se sintió fasci- nado por el mundo taurino des- de que su padre lo llevó, siem- pre un niño, a ver corridas en su Málaga natal. No es de extra- nar que el pintor acaba ilus- trando el tratado sobre los ta- rros que había realizado Pepe Ilio en el siglo XVIII. La Funda- ción Suñol expone las 26 obras que Picasso creó por encargo del editor Gustavo Gil en 1956.

Desde que el toro pase plác- idamente en el campo, hasta que sale de la plataforma arrastrado por la cuadrrilla de milanesa. Picasso refleja sus dibujos creados con tinta al acuarela, una técnica poco común, casi todos los momentos de la corrida: el pasillo de los diestros con sus cuadradillas; los pases de muleta y verónica; la suerte del rejear; la salida de los cabestreros para retirar el to- rro mudo, la cogida del torero; las banderillas o el picador; pe- ro también la actuación de pe- rro que acarrea al toro el tore- ro sin lila; o la guerrera para saltar sobre el animal, que ya no se empleaban cuando Picass- os las pintó.

La Fundación Suñol expone las 26 obras del anónimo creador en un solo día.

Los dibujos, en tinta negra, están llenos de tensión y dramatismo.

Gustavo Gil li- le se puso en contacto con el pa- rante de uno de sus libros de Ediciones de la Comunitat, "único ex- cepto una fotografía de su propiedad realizada por Man Ray en 1934, casi contemporá- neo a este encargo. Picasso prefirió hacerlo con el libro de Pepe Ilio. El proyecto quedó pa- ralizado en 1936, "no sabemos bien por qué" y no vio la luz hasta 30 años después, cuando en 1956 el libro de Gustavo Gil propuso a Picasso finalizarlo.

Picasso se implicó en la pro- ducción de los grabados. Creó una bella filigrana como marca de agua con una cabeza de toro que realizó con un solo trazo, la casa Guerra fabricó un papel especial y para la portada de la exclusiva edición realizó un di- hugo a la punta seca con una cometa, símbolo de la edición de Gil. La impresión se realizó en Paris en presencia del pro- pio Picasso, su segunda mujer Jacqueline, y Jaime Sabartés en 1959.

Picasso en 1934, por Man Ray.

Los dibujos, de los que se hicieron 26 ediciones que se vendieron todos en 1960 (por aproximadamente 50.000 pesos- pesetas de la época) se conservan en la Fundación Suñol, coincidiendo con la mul- tidimensional exposición que llevó la ciudad, se expone por primera vez durante el 7 de septiembre) y con motivo del centenario del nacimiento del pintor. ‘Son dibujos de tra-